

Ernesto Prado Tagle

El Dr. Aureliano Oyarzún (1)

Señor Decano, señoras, señores profesores, señores:

Hace ya muchos años, siendo estudiante de Medicina, fui designado para ocupar el cargo de Ayudante de Patología General, clase que dictaba el profesor Dr. A. Oyarzún, a quien me cabe hoy el honor de recibir a nombre de la Facultad de Medicina, como Miembro Académico.

La Facultad me ha dado así una prueba de benevolencia, que íntimamente agradezco, y una oportunidad para recordar al Maestro que me enseñó a observar los fenómenos maravillosos de la vida microscópica y a modelar mi espíritu de médico en las severas disciplinas que imponen la investigación y el estudio. Era el primer galón que obtenía en mi carrera universitaria.

Es invocando los fueros de esa larga e invariable amistad y de un aprecio que se ha acrecentado en el transcurso del tiempo, lo que me va a permitir hoy analizar ante ustedes, la vida de este patriarca de nuestra profesión, que como aquellos de la tradición legendaria, no sienten el agobio de los años y que en cada primavera vuelven a retoñar en sus almas nuevas esperanzas, e ideas de trabajo y de progreso.

En el año 1860, nació el Prof. Oyarzún, en una de las lejanas islas del Archipiélago de Chiloé, en donde los robles centenarios, proyectan su sombra en los pintorescos canales de esa región.

(1) Discurso pronunciado en la incorporación del Dr. don Aureliano Oyarzún, como Miembro Académico de la Facultad de Biología y Ciencias Médicas.

El esforzado niño, vive así en íntimo contacto con la Naturaleza y en la contemplación de sus bosques seculares, de sus lagos, de sus montañas, y ese medio ambiente determina la vocación de su carrera: las Ciencias Biológicas.

No es raro así que después de haber hecho sus primeros estudios en Puerto Montt, el alumno sureño obtenga en los universitarios la medalla de oro en Botánica, que le otorgara el Prof. Federico Philippi, que años más tarde iba a ser su padre político.

Crece en medio de esa naturaleza pródiga y rica, que le brinda sus paisajes, sus flores, sus insectos.

He aquí la primera jornada de esa vida que comienza jugueteando tras la encantada mariposa y termina aprisionándola, cuando hombre, para analizar el misterio de sus colores y de su estructura.

Viene enseguida la adolescencia, el estudio universitario, que emprende con fortuna propicia, cuando un imprevisto y extraordinario suceso sacude, con estremecimientos patrióticos, el alma de la juventud chilena. Resuena en todos los ámbitos de la nación un clamor de guerra, la juventud universitaria acude a los cuarteles y se alista en los ejércitos.

El Dr. Oyarzún no oye otra voz que la del deber y se enrola en una de las ambulancias que van al Norte, encargándose de la parte farmacológica, cuyos estudios acababa de terminar.

Recuerdo haber escuchado, cuando niño, al cirujano jefe de esa ambulancia, el Dr. Absalón Prado, hermano de mi padre, el relato vivido de esa gloriosa jornada, cuando las marchas en el desierto, la disentería tropical, la gangrena de las heridas, el paludismo, diezmaban las filas del ejército. Sólo el temple heroico de sus hombres y de esa falange de médicos y ayudantes, entre los que se encontraba el doctor Oyarzún, pudieron superar la adversidad.

Su espíritu forjado en esa escuela de abnegación y de penalidades, su ardiente amor al país, encendido en campañas memorables, explica la vida futura de este virtuoso y desinteresado ciudadano.

El farmacólogo quiere ensanchar el radio de acción de sus generosas inclinaciones; no se aviene su temperamento al rol pasivo de los estudios de la química; quiere socorrer al enfermo e inicia y termina con brillo su carrera médica el año 1885.

La epidemia del cólera, con su cortejo horrendo de desgracias, azota nuestro país el año 1887. El Dr. Oyarzún,

joven y gallardo paladín de la medicina, enfrenta el peligro, corre al medio de él y dirige los lazaretos de Aconcagua, cuna de la epidemia. Allí comprueba, junto con el Dr. del Sol, con cultivos en medios sólidos, la presencia del *Bacillus coma*, que acababa de ser descubierto en la India por el ilustre y gran bacteriólogo alemán Roberto Koch.

Su labor es humanitaria y es heroica; no le turba ni le confunde el peligro del contagio, ni el espectáculo de la muerte; investiga, descubre y enaltece la Ciencia.

En premio de su actuación el Supremo Gobierno lo envía a Europa, a cursar Anatomía Patológica e Higiene. Allí realiza brillantes estudios con Virchow.

En el Laboratorio del Prof. Weigert, en Frankfurt, el Dr. Oyarzún logra demostrar, por primera vez, en batraquios, que la neuroglia, cuyo origen se desconocía, proviene el endotelio de la pia. Casi al mismo tiempo el Prof. His, de Leipzig, comunicaba a las Sociedades Científicas el resultado de sus estudios en embriones humanos y llegaba también a las mismas conclusiones.

Vuelto a Chile, funda el año 1892, la Sección Bacteriológica del Instituto de Higiene y bajo su inmediata dirección se construye el pabellón del Desinfectorio Público, análogo al de Koch en Berlín.

Inicia sus clases de Patología General y de Anatomía Patológica, continuando la labor de su ilustre antecesor el Dr. Francisco Puelma Tupper, orientando siempre su enseñanza en los nuevos conceptos de la Patología celular, genialmente concebidos por Virchow y guiando a sus discípulos en las rigurosas prácticas de la investigación experimental y en el conocimiento de los diferentes procesos patológicos, que alterando la vida conducen a la muerte.

Logró realizar así una labor científica que le honra, en una de las épocas más difíciles de la enseñanza médica de nuestro país.

Ejerce con éxito su profesión de médico por más de cincuenta años y publica interesantes monografías sobre «Elefantiasis de los Arabes», «Embolias grasosas», «Parásitos animales y vegetales», y en sus horas de descanso continúa cultivando sus inclinaciones antropológicas y entomológicas.

Pasan los años; el infatigable trabajador se ha creado, por su propia iniciativa, el derecho al descanso.

Su espíritu inquieto busca y prosigue la pasión de su vida,

la romántica inclinación de su temperamento. Quiere ver terminada su obra predilecta, el Museo Histórico Nacional, que debiera llevar su nombre, en el que, como monje solitario, sus largas horas de trabajo, sus búsquedas arqueológicas, sus valiosas colecciones de objetos modelados por manos que ya no existen, no reciben otro estímulo que la recreación espiritual y artística que le procuran los más interesantes problemas del pasado y la íntima satisfacción de entregar a su país la solución del complejo problema del origen de algunas tribus del sur de Chile; averiguar su estirpe, rastrear en el arcano de las épocas fenecidas con el testimonio arqueológico, las huellas de una vida, de sus sentimientos, de sus luchas y pasiones.

Para encontrar ese testimonio ha debido el Dr. Oyarzún escudriñar en las arenas de los desiertos, en los mantos de tierra de los bosques, en las cavernas de las montañas, en los viejos y primitivos cementerios, buscando la histórica reliquia, o la osamenta primitiva y ancestral. Ha debido sentir así, a su contacto, el alma y la vida de los primitivos pueblos; vislumbrar la tortuosa senda de sus emigraciones; ver en la piedra angulosa el arma primitiva, símbolo de sus beligerancias, y en sus toscos ídolos el pensamiento atormentado del creyente.

Todo esto se condensa en numerosas publicaciones como «La Edad Paleolítica de Taltal» (1911), «Los Petroglifos del Llaima», «El Sol Pintado de Malloa» y en una luminosa comunicación al Congreso de Americanistas de Buenos Aires, en la que, refutando anteriores afirmaciones, prueba, con los documentos más valiosos del pasado, que nuestras tribus del sur de Chile no son autóctonas, sino que tienen origen incaico.

Recojamos, señores, la experiencia ejemplarizadora de esta vida, que no se opone a la fuerza de su destino y que en cada etapa de su existencia nunca se detiene a recoger sus espinas sino sus enseñanzas, para entregarlas a las instituciones de su patria.

Siempre su orientación ha sido sabia, ha sido lógica y acertada; no tiene nada de improvisada y vulgar; hay siempre un sentimiento preciso que la determina.

Naturalista, químico, médico, higienista, profesor por varios años, entomólogo, etc.; he ahí las facetas múltiples de su inteligencia poderosa, de la variada y coordinada actuación de su ingenio.

Señores: os agradezco la benevolencia que me habéis dis-

pensado para escuchar el relato que sintetiza la vida fecunda de este maestro.

Quiero decir, para terminar, que yo sólo me explico el acierto, con que este ilustre médico ha podido actuar, en forma tan variada y brillante, por ser él un poseedor afortunado de esa virtud que Ramón y Cajal la califica como verdaderamente divina, la Voluntad, pues con ella dominamos la naturaleza, nos imponemos a los hombres, desafiamos la adversidad y nos superamos diariamente.